

NUMERO 122.—**De Veracruz á México.
Por un Zuavo.**

Sea cual fuere la varia opinión acerca de las causas que han dado origen á la guerra con México, ni una sola persona hay en Francia que no haya tomádose un vivo interés en las expediciones de nuestras tropas en el Nuevo-Mundo.

Con un clima mortífero, en caminos intransitables y destruidos por el enemigo, tenía el ejército que ir provisto de todo. Lo alto de la temperatura, en aquellas regiones intertropicales, hace muy penosas las marchas del ejército, especialmente cuando no habiendo que contar con los recursos del país, tiene que arrastrar consigo un inmenso convoy de municiones y víveres.

En esta guerra, tan nueva y desusada para el ejército francés, ha hecho un gran papel la moral de nuestras tropas, sin que ésta se haya desmentido un instante; cada soldado dió pruebas de rara energía y de resignación constante.

Esta narración, que publicamos en el momento en que las operaciones militares parecen haber terminado á gran satisfacción para nuestras armas, va escrita por una mano menos hábil en manejar la pluma que el mosquete, pero será de una exactitud rigurosa.....

Como actores hemos seguido las diversas fases del sitio de Puebla, recogiendo en los mismos lugares los datos más seguros para formar la historia de este sitio, que tanto conmovió á la Europa durante dos meses.

La reproducción de algunos fragmentos de los partes oficiales se hace indispensable tratándose de operaciones militares en las cuales tan brillantes hechos de armas se han producido, y la publicación de algunas órdenes generales, dirigidas por el General en jefe al ejército, nos permite dar á conocer, sin lastimar su modestia, los nombres afortunados de los que en esta guerra encontraron nueva ocasión de distinguirse como varones esforzados.

México, 1º de Agosto.

Un Zuavo del cuerpo expedicionario en México.

I.

El desembarco en Veracruz.—La ciudad y el puerto.—La cordiaellr.—El convoy.

Tras de feliz navegación hubimos de desembarcar en Veracruz en los momentos en que el *vómito negro* hacía grandes estragos. La ciudad se hallaba de luto; la mayor parte de sus habitantes había huido; en medio de tanta desolación solo quedaban aquellos á quienes mayores intereses ó importantes negocios comerciales detenían en aquel foco de infección, y la escasa guarnición francesa diariamente diezmada por la peste.

La marina, en la rada de Sacrificios, sujeta á la misma prueba, veía de día en día mermar sus tripulantes.

Aunque la moral de cada uno se hallase á la altura de las circunstancias, cierta inquietud empezaba á manifestarse, llegando á tal punto las dificultades, que el gobernador de la ciudad y capitán de buque Rose, cuyos eminentes servicios, le granjearon más tarde el cargo de contra-almirante, juzgó necesario emplear toda su energía y abnegación para afrontar tan dura situación.

La mitad de la guarnición estaba constantemente en los hospitales, en donde el escaso número de empleados daba ejemplos de abnegación heroica, y desgraciadamente la epidemia escogía sus víctimas entre aquellos cuyos cuidados más falta hacían en tales circunstancias.

Los documentos oficiales, al publicarse, harán justicia al cuerpo médico-militar por el sacrificio y la decisión admirables de su personal, no solamente durante los estragos que hacía la fiebre amarilla en Veracruz, sino también en otras críticas circunstancias de la campaña y durante las sangrientas operaciones del sitio de Puebla.

En el momento de nuestro desembarco, presentaba Veracruz, como es fácil concebir, un aspecto lúgubre que causó en nosotros honda impresión. Un sol de plomo abrasándonos con sus rayos verticales; un olor infecto dando á conocer el estado de desaseo de algunos cuarteles de la ciudad y la indiferencia de los habitantes por limpiar aquellas calles apestadas; bandadas de zopilotes, especie de buitres que abunda en México, disputándose frente á las casas las inmundicias de los muladares. Estos pajarracos de aspecto repugnante hacen allí el oficio de poceros, siendo amparados por leyes que imponen una multa de veinte y cinco pesos á la persona que mate alguno de ellos; con lo cual esos horribles animales invaden las calles de la ciu-

dad, moviéndose apenas de un lado á otro para dejar libre la circulación á los transeuntes.

Aprovechando algunas horas que debíamos detenernos en la Garita de México [oficina para verificar los derechos de portazgo,) fui á visitar á un comerciante amigo de mi familia, á quien recordé haber conocido en mi infancia. Y acogiéndome muy bien este excelente hombre, contóme brevemente todas las tribulaciones que había tenido por soportar nuestro reducido ejército, del cual rara vez llegaban noticias.

Los rumores más siniestros y malévolos se hacían circular en la ciudad con motivo de nuestra expedición. Compuesta la población de Veracruz de comerciantes ávidos de ganancias, que se exponían á los mayores peligros para tentar fortuna, tenía que sernos hostil esencialmente, como quiera que la guerra que íbamos á emprender haría caer por tierra las esperanzas de muchos, siendo enojoso añadir que los mismos residentes franceses nos hacían cierta oposición á la sordina, fomentando con sus murmuraciones malignas las ya poco amigables disposiciones de los habitantes del país.

He allí lo que era Veracruz en el momento de nuestro desembarco, sin que hubiera trazas de mejorar la situación hasta la llegada de nuevos refuerzos y aun quizá hasta la desaparición del vómito; pero al menos no empeoró, gracias á la habilidad y la energía del gobernador, lo cual ya prometía.

Situada la ciudad á 93 leguas al Este de México, es Veracruz el puerto más importante para el comercio de México. Por desgracia la rada es malísima, sin que ofrezca seguridad alguna ni abrigo á las embarcaciones que allí quieran fondear.

Rodeada de una derruida muralla, presenta un recinto indefenso, sobresaliendo á trechos algunos baluartes que podían venir abajo de un cañonazo.

Hace poco tiempo que sus calles se alumbran con gas, único lujo que llama por ahora la atención de los extranjeros en una ciudad sumida en el desaseo más deplorable.

Un acueducto lleva á los veracruzanos las aguas del río Jamapa, que corre á cuatro leguas de allí. Anteriormente á la construcción del acueducto, los habitantes carecían de agua potable y sana, teniendo que beber la de cisternas, que era muy mala.

Las casas, por lo general, son amplias y bien ventiladas, las calles rectas y á cordel. Hay algunos edificios bien contruidos, como el palacio del Gobierno, la Aduana marítima, la Tesorería del Estado, la Comandancia general, el Teatro y la Plaza de toros. Hay varias Iglesias, siendo las más notables la Parroquia, Santo Domingo, la Merced, actualmente transformada en almacenes y cuartel para las tropas francesas. Veracruz, además, posee tres hospitales siempre llenos de enfermos y un paseo llamado la Alameda siempre desierto y mal acondicionado.

Más allá de la Alameda está la estación del ferrocarril de Medellín. Trabajos activamente emprendidos bajo nuestros auspicios y vigilancia pondrán próximamente en circulación esta vía férrea desde Veracruz hasta la falda del Chiquihuite, lo que facilitará que en cuatro ó cinco horas pueda recorrerse esta tierra caliente tan mal sana y terror de todo el que acaba de desembarcar.

La fisonomía de los veracruzanos es poco simpática, echándose de ver desde luego la mala disposición que nos tienen. Por otra parte esta ciudad enteramente mercante, no acoge benignamente sino á los que fomentan su comercio y les traen muchos pesos. No estando nosotros en ese caso, fuimos mal recibidos, haciéndonos salir de allí, cuanto antes la autoridad militar para impedir cualquier conflicto, siendo además imperiosa esta medida por el estado de insalubridad en que la ciudad se hallaba en aquel momento, por lo cual el mismo día se nos envió por ferrocarril, al campamento de la Tejería, á doce kilómetros de distancia, y en donde ya hacía tiempo que estaba establecida una posta y algunos almacenes de comestibles que los frecuentes convoyes del ferrocarril cuidaban de abastecer.

En tanto que nosotros instalábamos nuestros campamentos en las praderas cenagosas que rodean el pueblito incendiado de la Tejería, á los rayos de un sol abrasador, el Gobernador de Veracruz organizaba, sirviéndose de los carros del país, un inmenso convoy de víveres destinado á nuestras tropas que casi morirían de hambre en Orizaba. Este convoy debía llegarnos al día siguiente por ferrocarril de la costa á la Tejería.

El Estado de Veracruz, con excepción de los sitios cercanos al mar, es muy montañoso, sobre todo en el Distrito de Orizaba, completamente ocupado por uno de los contrafuertes de la Sierra Madre, desde el Estado de Oaxaca hasta el de Puebla, siendo esta cordillera notable á causa de las dos grandes montañas que forman sus alturas principales, dándole un aspecto imponente y majestuoso. Denomínase la primera *Citlaltepetl*, del mexicano *citlaltl*, estrella y *tepetl*, cerro. Situada al Nor-Este de Orizaba, afecta una forma cónica, cuya cúspide, cubierta de eternas nieves, toma la apariencia de reluciente estrella. Su altura sobre el nivel del mar es de 5,295 metros; descúbrese el Pico de Orizaba desde el mar á cuarenta leguas de distancia, guiándose por el volcán los que navegan con rumbo á Veracruz.

Grande admiración nos causó, al aproximarnos á la costa mexicana en un día espléndido, ver blanquear la cima del *Citlaltepetl* ¡Las eternas nieves tan cerca del Ecuador!

La segunda en esta cadena de montañas es el Cofre de Perote, nombrado por los antiguos mexicanos *Nauhcampatepetl* (la montaña cuadrada), notable sobre todo por la forma del peñasco que corona la cima, siendo esta exactamente la figura de un cofre, razón por la cual le dieron este nombre los españoles.

Desde su cúspide, á 4088 metros sobre el nivel del mar, descúbrese bellísimas perspectivas en las llanuras de Puebla y arboledas gigantescas sobre la vertiente oriental de la cordillera. Espléndido panorama se extiende ante la vista, dividiéndose desde este sitio el puerto de Veracruz, el castillo de Ulua y una parte extensa de las costas del Golfo. Las montañas situadas al oeste de Veracruz están cubiertas de selvas vírgenes; los ríos que corren á su falda ostentan en sus márgenes una vegetación vigorosa, especialmente en el distrito de Alvarado. Todo allí contribuye á dar al observador una idea completa de la riqueza del suelo que todo lo produce casi sin cultivo.

Desde nuestras campañas en Africa, adoptamos el sistema de transportar víveres, municiones y equipajes de las tropas expedicionarias á lomo de mula, como el único aplicable en todo país montuoso y sin caminos. Mas por desgracia al llegar á México el ejército francés, las mulas desaparecieron en seguida, habiéndose apropiado el enemigo de una gran parte

de esos bagages, siendo el resto conducido á comarcas distantes del campo de operaciones, por la poca disposición de sus dueños para ayudarnos, temerosos quizá de comprometerse ante el partido que veníamos á derrocar. Carecíamos, pues de transportes, y era muy difícil, por no decir imposible, dadas nuestras circunstancias, remediar tan enojoso estado de cosas.

Sin embargo de esto, la intendencia militar consiguió, á precios exorbitantes, tomar en alquiler todos los trenes de carros que, al replegarse á Puebla, abandonaba el enemigo en la tierra caliente, siendo más de trescientos, los más en pésimas condiciones, de los que podíamos disponer, con tiros muy mediocres manejados por conductores indígenas, quienes poco se cuidaban de los disparos de fusilería de que eran blanco al caminar, aunque estuviesen retribuidos con largueza.

Los carros de carga mexicana son muy pesados; montados sobre cuatro enormes ruedas, suelen cargar, por término medio, unos treinta quintales; habitualmente el tiro es de doce á diez y seis mulas. Mas en la estación de las tormentas, las rutas se convierten en lodazales y esta clase de transportes cesa de andar hasta Octubre, en que terminan las lluvias que inundan la tierra caliente desde el mes de mayo.

En lo más recio de la temporada de aguas íbamos á ponernos en marcha con un inmenso convoy de carros cargados con exceso, arrastrados por mulas cansadas y flacas y manejados por arrieros que, casi forzados, aprovecharían la primera ocasión para escaparse. Los terrenos boscosos en todo el derrotero que teníamos que seguir estaban infestados de cuadrillas numerosas de guerrilleros, que emboscados aguardaban el momento favorable para precipitarse sobre los trenes atascados y acribillarnos á balazos, yendo en seguida, protegidos por las sinuosidades del terreno que nos era imposible explorar previamente, á empezar nuevos combates en algún otro punto de nuestra extensa línea, desapareciendo como por encanto tan luego como nuestra gente se lanzaba en su persecución.

Esta marcha, que duró quince días, fué de las más penosas; el mal tiempo y el peor estado de los caminos no nos permitían avanzar más de cuatro ó cinco kilómetros diariamente, y algunas veces no pudiendo andar las mulas nos veíamos obligados á detenernos dos ó tres días en el mismo sitio, llegando á

darse el caso de tener que emplear cuarenta y ocho mulas para sacar un solo carro que caía en algún atolladero sumiéndose hasta los ejes.

II.

Vivaques de Rancho Nuevo, la Purga y Mata-Indios.

Aunque saliendo de la Tejería fué nuestra columna excepcionalmente favorecida por un tiempo magnífico, el convoy tuvo todos los trabajos del mundo para desatorarse del punto donde fuera organizado. Los carros llevaban cargas muy pesadas y mal embaladas; los conductores, casi en su totalidad, dándonos muestra de su malquerencia, nos obligaron en parte, predisponiéndonos contra ellos, á que les tratásemos mal durante el viaje, llegando hasta amenazar á algunos con fusilarles inmediatamente, persuadidos como estábamos de que intencionalmente aumentaban las dificultades de la marcha sin otro fin que el de favorecer los ataques de las guerrillas.

A las cinco de la mañana había empezado á salir la cabeza del convoy de la Tejería, y á las dos de la tarde aun no había salido la cola; por lo cual dióse orden de detenerse en Rancho--Nuevo, que dista de la Tejería cuatro kilómetros, llegando lo último del convoy ya de noche en medio de aguaceros diluviales. Hombres y animales estaban extenuados de fatiga; todos estábamos calados de agua hasta los huesos. No puede formarse nadie una idea de los chaparrones torrenciales de México, sin haberlos aguantado, en la estación veraniega especialmente y en la tierra caliente.

Son las nueve de la noche; la cabeza de la columna acampa desde las nueve de la mañana; al llegar la retaguardia no encuentra en todo el vivaque un palmo de terreno que no esté inundado; el agua escurre de nuestros vestidos, el cansancio se hace sentir y en este estado hay que pasar la noche. Y en medio de la lluvia que cae á torrentes, y á pesar de la fatiga ocasionada por la carga que han llevado por más de doce horas bajo un sol tórrido, nuestros enérgicos zuavos, colocándose en grupos al rededor de las fogatas del vivaque, cantan alegremente sin preocuparse de las penalidades del día siguiente.

Hicimos alto en *Rancho--Nuevo*; pasó revista todo el convoy reconociéndose la imposibilidad de continuar la marcha

inmediatamente; algunos de los carros estaban rotos y fué preciso proceder á repararlos en seguida. Yo formé parte de una gran guardia á algunos centenares de metros lejos del campamento y en un sitio asaz pintoresco, el cual había venido á visitar un agente del consulado obteniendo del gobernador de Veracruz la autorización competente para acompañar á nuestra columna hasta Orizaba. Era de origen inglés, pero avocindado en México hacía muchos años, había sido víctima de actos arbitrarios de parte del gobierno de Juárez, hacia quien experimentaba honda antipatía, manifestándolo de todos modos y en toda ocasión. Allí me hice conocido de este gentleman, hombre muy amable por otra parte, y que parecía abrigar sentimientos amistosos hacia los zuavos.....

III.

Vivaque en la Soledad.—La población—Paso del río Jamapa.—Llegada de la columna del comandante Morand. Vivaque sobre la orilla derecha del río.

.....Desde el mes de febrero el cortijo de la Soledad había adquirido cierta celebridad á causa de las conferencias celebradas allí por los plenipotenciarios ingleses, franceses, españoles y mexicanos, cambiando enteramente de aspecto después de aquella época. Todas las habitaciones del villorrio, con las casas de los alrededores, habían sido incendiadas, la iglesia devastada y por todas partes reinaba la destrucción. Los habitantes de la Soledad, de quienes se supo que eran los autores del ataque y de la ruina de un convoy de municiones, habían sido castigados con el incendio de sus propiedades. Todo en aquellos sitios estaba desierto y silencioso. Las fincas estaban dispuestas en buen orden; y á juzgar por la esplendidez de sus jardines y la riqueza de sus vecinas sementeras, así como por las buenas fachadas de los edificios, la Soledad debió ser en otro tiempo una morada llena de encantos naturales. Causa asombro, ver que apenas dos casas, bastante bien construidas permanecen intactas, la del Alcalde y la del Cura, de origen francés. Habían sido exceptuadas de aquella general devastación, acto de rigor que condenó á la miseria á una población de más de dos mil almas.

Como las seis de la tarde serían cuando un vigía de la gran guardia situadas sobre el *cerrito* que domina á la Soledad,

señalaba, sobre la orilla izquierda del río Jamapa, una columna conduciendo un convoy, y con alegría de todos, reconocimos el uniforme francés. A no dudarlo, era la columna del comandante Morand: íbamos por fin á partir nuestros víveres con nuestros compañeros de armas; íbamos á anunciarles que éramos nosotros los precursores de refuerzos considerables venidos de Francia y de Africa; íbamos á contribuir á arrancarlos de aquella penosa situación que, á causa del mal tiempo, aún parecía prolongarse.

Antes de anochecer, una piragua, hábilmente manejada por el cabo Pernod del 1o. de zuavos, conducía á la ribera que ocupábamos al comandante Morand acompañado de sus oficiales, á quienes nosotros contemplábamos cual si fueran fenómenos. Cien codos de estatura nos parecía poco para hombres que habían soportado tribulaciones de todo género durante un año, y no nos cansábamos de aseverarles cuanta parte habíamos tomado en sus miserias y padecimientos, que deseábamos aliviar cuanto antes. Para festejarles, hicimos donación á sus tropas de una parte de nuestros víveres.

El indio encargado de conducir los pliegos para el comandante, había en cuatro horas traspasado la distancia muy considerable que nos separaba de aquella columna extenuada de fatiga, resolviendo el comandante Morand descender en seguida hacia nosotros, por grande que fuese el cansancio de su gente.

El indio-correo, somorgujándose en el agua, fingió ahogarse, nadando un gran trecho por el fondo del río hasta llegar á la ribera opuesta, que en aquel sitio era muy elevada, y asiéndose de una rama, estúvose allí quedo por algún rato, respirando por la hendedura de un peñasco á flor de agua; y cuando creyó que ya podía pasar al otro lado sin peligro, empezó de nuevo la misma maniobra, hasta que seguro del éxito, echó á andar por entre el bosque en busca de la columna, á la que hubo de encontrar en el Chiquihuité, descorazonada y viéndose, por la falta de víveres, precisada quizás á volver á subir hacia Córdoba. Tan feliz jornada para todos terminó, con la fatal noticia de la muerte de uno de los jefes de nuestro batallón, quien esa misma mañana en el vivaque de la *Purga* sucumbía atacado de la fiebre amarilla.

El comandante Grivet estaba en la flor de los años; conta-

ba 34!, teniendo brillante porvenir en perspectiva si hubiese vivido, pues se había distinguido en las campañas de Crimea y de Italia. Su muerte fué vivamente sentida de todo el mundo y preludiaba el cúmulo de males que no tardaría en caer sobre nosotros.

En los tres días siguientes se continuaron activamente los trabajos de descargar y transportar el convoy al otro lado del río, tomando nosotros los carros que había dejado vacíos el comandante Morand y ocupando éste los que dejábamos en la orilla izquierda, emprendiendo en seguida la marcha sin tardanza hacia Veracruz, á donde llegaría después de dos días de penosísimo caminar.

Nuestros esfuerzos para vadear el río fueron coronados del éxito más completo, puesto que merced á nuestros trabajos, rudos en verdad, hicimos que nuestro convoy, la caballería y la infantería acampasen en la planicie de la orilla derecha del río. Una compañía de cazadores de á pié y otra de nuestra columna dirigiéronse aceleradamente á Orizaba, llevando consigo el correo de Francia que nosotros traíamos, y harina cargada en quinientas mulas, formando un convoy á la ligera. Esta columna tenía que hacer el trayecto en el menor tiempo posible, y llegó en tres días á su destino, atravesando entre borrascas por senderos impracticables.

Nuestra instalación sobre la ribera derecha del Jamapa habría sido satisfactoria á no habernos encontrado en aquellos sitios en la estación más mal sana del año; era preciso haber podido ejecutar al pié de la letra las recomendaciones hechas por el ministro de la Guerra, quien había dado orden de que atravesásemos rápidamente por las tierras calientes, huyendo velozmente de este modo de lugares tan peligrosos. Mas por desgracia nuestros medios de transporte eran un obstáculo insuperable; y, por otra parte, ¿cómo podía facilitársenos la rapidez de las marchas estorbándonoslo un convoy tan considerable y tan mal organizado desde el punto de donde partía?

Además, acababa de darse la orden de establecer en cada orilla atrincheramientos que permitiesen ocupar definitivamente aquel punto importante, pena de ver al día siguiente de nuestra partida destruidos los trabajos que habíamos emprendido la víspera sobre el río.